

DOMINGO EN LA INFRAOCTAVA DE NAVIDAD

30 de diciembre de 2001

Amados hermanos en nuestro Señor:

El significado de la Navidad es la Redención que se opera, se inicia, a través de la Encarnación con el nacimiento de nuestro Señor. Misterio inefable el que todo un Dios infinito, eterno, omnipotente, se haga hombre, se haga uno igual a nosotros en todo, menos en el pecado. Que nazca como un niño débil sujeto a sus padres, dependiendo de ellos y que va creciendo, como dice el Evangelio, en sabiduría. No se trata de un aumento en nuestro Señor de su sabiduría, pues Él era la sabiduría eterna, sino sencillamente que la manifestaba a los hombres a medida que iba creciendo.

Él, desde el primer instante de la Encarnación veía todo, conocía todo, sabía todo. Entonces no podía crecer en sabiduría al modo humano, como nosotros que aprendemos cada día algo nuevo. Él no podía aprender algo nuevo en cuanto a la sabiduría sino en cuanto a la experiencia humana; eso es distinto. Nuestro Señor manifestaba esa sabiduría a medida que iba creciendo y por eso el Evangelio dice que crecía en sabiduría, no como suponen los herejes modernos, que Él no sabía que era Dios, que lo vino a descubrir después de algún tiempo, lo cual es una herejía.

Vemos, además, en la presentación, que es el relato del Evangelio de hoy, cómo San Simeón y Santa Ana profetizaron sobre el Verbo Encarnado. San Simeón le dijo a su Madre que el Niño sería signo de contradicción. ¿Cómo es posible que la verdad, la sabiduría eterna, sea signo de contradicción, de confusión? Misterio de Dios. Ante Dios no quedan más que dos actitudes fundamentales, radicales: como seres libres con Dios o contra Dios. Esa es la elección libérrima del hombre y por eso Él es signo de contradicción para aquellos que no están con Dios, que no son de Dios, que están contra Dios.

Ese es el gran misterio de la fe y por eso San Simeón dice que será signo de contradicción para unos, mientras que para otros será de salvación. Dogma que muchas veces nos toca lidiar con los familiares, con los seres queridos que no creen, o con los amigos, o con cualquiera en el trabajo; donde fuese descubrimos que lamentablemente no son de Cristo, que están contra Dios, que no quieren reconocerlo; y nosotros, como católicos, de algún modo debemos brindarles ese testimonio de la fe. Ese testimonio se da o debe darse no con violencia, no con agresiones, no con insultos, ni con impaciencias sino con un espíritu de verdad para que aquella persona sea tocada por la gracia.

Nosotros, de alguna forma podemos ser instrumentos de salvación para esa persona dando sencillamente testimonio de la fe, manifestando la fe para que aquella persona pueda, bajo la acción de la gracia de Dios, convertirse. Pidámosle en esta Navidad a nuestro Señor que nos ayude para que en medio de esta crisis tan tremenda, podamos permanecer fieles, no sólo nosotros sino también aquellos que no tienen fe, que no creen en Dios o que creen malamente; para que se conviertan y respondan a su llamado y así nos salvemos tanto ellos como nosotros.

Pidámosle a nuestra Señora poder meditar todas estas cosas, todos estos misterios inefables de Dios para transmitirlos a los demás, dando prueba pública de nuestra fe en ese Dios que se ha hecho hombre para salvarnos. +